

# Convivir para aprender:

Valores del ayer y hoy Entre normas, palabras y silencios

**Roosevelt Barros Morales**

**Mayra María Medina Miranda**

**Franklin Mario Barros Morales**

**Jacqueline De Jesús Benítez León**



# **Convivir para aprender:**

**Valores del ayer y hoy Entre normas, palabras y silencios**

---

Roosevelt Barros Morales  
Mayra María Medina Miranda  
Franklin Mario Barros Morales  
Jacqueline De Jesús Benítez León

ISBN: 978-9942-53-154-4

Primera edición, 2026



© **Autor**

**Roosevelt Barros Morales**

mscrooseveltbarros@hotmail.com

Director de Publicaciones Grupo COMPÁS

Rector de la Unidad Educativa Organización De Estados Americanos OEA

**ISBN: 978-9942-53-154-4**

Distribución online

Acceso abierto



**Mayra María Medina Miranda**

mayritamedina@hotmail.com

Unidad Educativa Réplica Eugenio Espejo

**Franklin Mario Barros Morales**

franklinbarros1962@hotmail.com

Universidad de Guayaquil

**Jacqueline De Jesús Benítez León**

Correo jacquibenitez@hotmail.com

Unidad Educativa Trece de Octubre Provincia del Guayas, Cantón Simón Bolívar

© **Editorial Grupo Compás, 2026**

Guayaquil, Ecuador

[www.grupocompas.com](http://www.grupocompas.com)

<http://repositorio.grupocompas.com>

**Primera edición, 2026**

Esta obra ha sido sometida a un proceso de evaluación bajo el sistema de arbitraje doble ciego (double-blind peer review), garantizando el anonimato tanto de los autores como de los evaluadores externos. El dictamen favorable certifica que el contenido cumple con los más altos estándares de rigor científico, calidad editorial y originalidad exigidos por la comunidad académica internacional para su indexación y reconocimiento científico.

**Cita**

Barros, R., Medina, M., Barros, F., Benítez, J. (2026) *Convivir para aprender: Valores del ayer y hoy Entre normas, palabras y silencios*. Editorial Grupo Compás

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado en la modalidad doble par ciego con fin de garantizar la calidad de la publicación. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones en las leyes, la producción o almacenamiento total o parcial de la presente publicación, incluyendo el diseño de la portada, así como la transmisión de la misma por cualquiera de sus medios, tanto si es electrónico, como químico, mecánico, óptico, de grabación o bien de fotocopia, sin la autorización de los titulares del copyright.

## DEDICATORIA

A las familias que, con aciertos y errores, continúan creyendo en el poder transformador del amor cotidiano. A los padres y madres que educan no solo con palabras, sino con el ejemplo silencioso de su coherencia. A los docentes que sostienen vocaciones firmes aun en medio de desafíos cambiantes, recordando que cada estudiante es una historia en construcción.

A los adolescentes, que transitan la compleja tarea de descubrir quiénes son y quiénes desean llegar a ser. Que estas páginas les recuerden que su voz importa, que sus dudas son legítimas y que convivir con respeto no limita su libertad, sino que la fortalece.

Y a quienes creen que la educación es un acto profundamente humano, una siembra paciente cuyos frutos no siempre se ven de inmediato, pero que transforman generaciones, el mejor ejemplo es la Comunidad de la Unidad Educativa Organización De Estados Americanos OEA Guayas con quienes compartimos 45 años en un sector popular de Guayaquil .

Aplicando el lema - Orden -Trabajo – Disciplina – Igual – Progreso.

Sin olvidar las experiencias vividas y compartidas durante 27 años con los estudiantes, maestros y autoridades de la Universidad de Guayaquil, Facultad De Filosofía Letras y Ciencias De la Educación.

Inolvidables todos por dejar improntas marcadas con cada acción colaborativa desinteresada en las diferentes ponencias y congresos que tuve el honor de compartir en diferentes países del mundo.

## AGRADECIMIENTO

Este libro es fruto de la reflexión compartida, del diálogo constante entre la experiencia y la esperanza. Agradezco a cada familia que abrió su historia para comprender mejor las dinámicas del ayer y del hoy; a cada docente que, con entrega silenciosa, demuestra que educar es un compromiso moral, ético, pedagógico, sociológico, axiológico antes que profesional.

Mi gratitud también se extiende a los estudiantes, cuyas preguntas, inquietudes y desafíos inspiran a repensar la convivencia con mayor sensibilidad. Son ellos quienes recuerdan que la educación no puede quedarse en discursos, sino que debe traducirse en acciones coherentes.

A las instituciones que apuestan por la formación integral, y a quienes creen que las normas, las palabras y los silencios pueden convertirse en puentes y no en barreras, gracias por sostener esta convicción de paz armónica, siempre llena de fe y esperanza .

Finalmente, agradezco al equipo autores del trabajo Mayra María Medina Miranda, Franklin Mario Barros Morales, Jacqueline De Jesús Benítez León, y quienes leen estas páginas con el deseo genuino de construir una sociedad más respetuosa, empática y consciente. Sin ustedes, esta reflexión no tendría sentido. *Recordando que cuando los valores son claros y se practican en el hogar, en la comunidad, en la sociedad, tomar decisiones se vuelve cotidiano fácil sencillo, grato y seguro para la vida. Sin problemas en el presente y futuro, es decir hoy ,mañana, siempre, se convierten en la brujula que guia nuestro destino pensando en forma positiva sin odio ni envidia. Los valores no son simplemente palabras, los valores son por lo que vivimos. Son causas por las que defendemos y por las que lucha la gente.*

( Jonh Kerry)

## ÍNDICE

DEDICATORIA.....	2
ÍNDICE.....	4
PRÓLOGO.....	5
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPITULO I.....	12
LOS VÍNCULOS FAMILIARES: ENTRE GENERACIONES.....	12
Derechos y deberes dentro del hogar.....	14
La convivencia en la escuela.....	16
Familia, escuela e institución: una relación en tensión.....	20
Convivir en la sociedad.....	22
CAPITULO II.....	24
EL CONFLICTO COMO PARTE DE CONVIVIR.....	24
El conflicto en el hogar.....	24
El conflicto en la escuela y la sociedad.....	26
CAPITULO III.....	28
Los modales: ¿se enseñan o se suponen?.....	28
El arte de saber escuchar.....	30
Tecnología, redes y nuevas formas de convivir.....	31
La pandemia como punto de quiebre.....	33
CAPITULO IV.....	36
MIRAR HACIA ADELANTE.....	36
CONCLUSIÓN.....	42
REFERENCIAS.....	46

## PRÓLOGO

Convivir es mucho más que compartir un espacio; es aprender a reconocernos en la mirada del otro. Este libro nace de la convicción profunda de que la educación no puede desligarse de la vida cotidiana ni de las relaciones que la sostienen. Cada norma, cada palabra y cada silencio forman parte de un entramado invisible que moldea generaciones. Comprender ese entramado es comprendernos como sociedad para una buena convivencia interna y externa .

Vivimos en una época de cambios acelerados donde los valores parecen transformarse al ritmo de la tecnología y de las dinámicas sociales. Sin embargo, la esencia humana permanece: necesitamos pertenecer, ser escuchados y sentirnos comprendidos. La convivencia se convierte así en el puente que conecta el ayer con el hoy, la tradición con la innovación, la autoridad con el diálogo. Conociendo cumpliendo normas establecidas por el bien de todos, primero los deberes.

Este texto no pretende idealizar el pasado ni condenar el presente. Su propósito es reflexionar con equilibrio sobre cómo han evolucionado nuestras formas de relacionarnos. Antes, las normas eran incuestionables; hoy, se discuten y reinterpretan. Antes, el silencio podía significar respeto; hoy, puede ser leído como desconexión. Entre ambos extremos, se abre un espacio de análisis necesario, siempre mediante la comunicación fluida y con respeto mutuo .

La familia, como primer núcleo social, ha experimentado transformaciones profundas. Las jerarquías rígidas han dado paso a modelos más horizontales, donde el diálogo busca sustituir la imposición. Sin embargo, esta transición no siempre ha sido sencilla. Convivir entre generaciones implica reconocer diferencias sin fracturar vínculos esenciales en el convivir general.

La escuela, por su parte, continúa siendo escenario privilegiado de socialización. Allí se entrelazan expectativas familiares, normas institucionales y realidades individuales.

Educar no es solo transmitir conocimientos, sino formar ciudadanos capaces de convivir con respeto y pensamiento crítico. Esta tarea exige coherencia, sensibilidad, compromiso.

Las instituciones educativas enfrentan el desafío de responder a una sociedad diversa y cambiante. Las reglas ya no pueden sostenerse únicamente en la tradición; requieren fundamentación ética y pertinencia social. La convivencia institucional se convierte entonces en un laboratorio donde se ensayan formas de justicia, diálogo y participación.

El conflicto, lejos de ser una amenaza, aparece como parte inherente de la interacción humana. En el hogar, en la escuela y en la sociedad, las diferencias generan tensiones que pueden destruir o fortalecer vínculos. Aprender a gestionarlas con inteligencia emocional es uno de los mayores aprendizajes que podemos ofrecer a las nuevas generaciones con un cuidado especial.

En este recorrido reflexivo, los valores cotidianos ocupan un lugar central. Los modales, la cortesía y el respeto no son gestos superficiales; constituyen expresiones concretas de reconocimiento del otro. Cuando se enseñan con sentido y coherencia, dejan de ser imposiciones para convertirse en hábitos conscientes que luego son aplicados y mejorados.

Escuchar, en particular, emerge como una habilidad indispensable. En un mundo saturado de mensajes, aprender a guardar silencio para comprender es un acto de profunda humanidad. La escucha activa no solo previene conflictos, sino que fortalece la empatía y la construcción de acuerdos, que fomentan confianza, seguridad, unión y apoyo mutuo.

La tecnología ha redefinido nuestras formas de convivir. Las redes sociales amplifican voces, pero también generan nuevas tensiones. El desafío no radica en rechazar la tecnología, sino en integrarla con criterio ético. La convivencia digital exige las mismas bases que la presencial: respeto, responsabilidad y prudencia especialmente en la familia que debe ser refugio de todos

La pandemia marcó un punto de quiebre que obligó a replantear nuestras dinámicas sociales.

El aislamiento evidenció cuánto dependemos del encuentro humano. También reveló desigualdades y carencias que exigen respuestas colectivas. De la dificultad emergió la oportunidad de revalorizar lo esencial, para remover la primera célula de la sociedad.

Este libro invita a mirar más allá de la nostalgia o la crítica superficial. Propone analizar cómo los valores del ayer pueden dialogar con las realidades del presente. No se trata de conservar cenizas, sino de mantener viva la llama que da sentido a nuestras tradiciones- Inolvidables-

Entre normas, palabras y silencios se tejen las experiencias que forman carácter. Las normas orientan, las palabras educan y los silencios enseñan a reflexionar. Cada elemento cumple una función que, bien comprendida, fortalece la convivencia, refleja los intereses y diferencias.

La educación contemporánea enfrenta el reto de equilibrar libertad y responsabilidad. La autonomía sin orientación puede convertirse en desorden; la autoridad sin diálogo, en opresión. La clave está en construir acuerdos que dignifiquen a todos los actores involucrados.

Padres, docentes y adolescentes comparten una responsabilidad común: sostener relaciones basadas en el respeto mutuo. Cuando cada parte asume su rol con coherencia, la convivencia deja de ser una obligación y se transforma en aprendizaje compartido y merecido.

El análisis que aquí se presenta busca ofrecer herramientas de reflexión más que respuestas definitivas. Cada contexto familiar y escolar posee particularidades que requieren sensibilidad y adaptación. Sin embargo, los principios de respeto, empatía y diálogo permanecen universales.

La convivencia no es un destino alcanzado, sino un proceso continuo. Requiere revisión constante, disposición al cambio y apertura al aprendizaje. Cada generación aporta nuevas perspectivas que enriquecen el tejido social en medio de grandes dificultades actuales.

Este prólogo es una invitación a leer con mente abierta y corazón dispuesto. Las páginas que siguen no solo describen realidades; interpelan, cuestionan y motivan. La intención es generar conciencia sobre el poder transformador de nuestras acciones cotidianas, buscando el bien.

Si aprendemos a convivir con intención formativa, la educación trasciende las aulas y se convierte en cultura. Una cultura donde el respeto no sea excepción, sino norma; donde el diálogo sustituya la imposición; donde el silencio sea espacio de reflexión y no de indiferencia.

Convivir para aprender es, en definitiva, un llamado a recuperar la dimensión humana de nuestras relaciones. Entre el ayer y el hoy, entre normas, palabras y silencios, se encuentra la posibilidad de construir una sociedad más justa, consciente, solidaria, empática, justa sin diferencias.

Las páginas que siguen proponen un recorrido reflexivo que no pretende ofrecer respuestas definitivas, sino despertar una comprensión más amplia sobre la responsabilidad compartida de educar para convivir. Familia, escuela y sociedad forman parte de un mismo entramado donde cada acción, cada decisión y cada ejemplo contribuyen a fortalecer o debilitar los valores que sostienen la vida en comunidad. Reconocer esta interdependencia es el primer paso para construir relaciones más respetuosas, empáticas y conscientes de la realidad actual en que vivimos.

Así, este prólogo concluye reafirmando una idea esencial: convivir es un aprendizaje permanente que trasciende el tiempo y las circunstancias. Entre el ayer y el hoy, entre normas, palabras y silencios, se encuentra la oportunidad de redescubrir el sentido profundo de educar para la vida. Si logramos asumir este desafío con responsabilidad y sensibilidad, será posible avanzar hacia una sociedad donde el respeto, el diálogo y la comprensión mutua no sean aspiraciones lejanas, sino prácticas cotidianas que den forma a un futuro más humano y solidario.

El fortalecimiento de los valores esta en la honestidad es decir siempre la verdad.

## INTRODUCCIÓN

*“La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo.”*  
Nelson Mandela (2003)

Hubo un tiempo en el que aprender a convivir parecía darse casi de manera natural. No porque la vida estuviera exenta de conflictos o desacuerdos, sino porque existían marcos de referencia más estables: normas compartidas, roles definidos y acuerdos implícitos que orientaban la vida cotidiana. En ese contexto, la convivencia no era objeto de análisis permanente; se aprendía observando, imitando y participando en la vida familiar, escolar y social. Formaba parte del proceso de crecer, de integrarse a un grupo y de reconocerse como miembro de una comunidad. Las pautas no siempre se explicaban, pero se comprendían; no siempre se negociaban, pero se respetaban. La pertenencia ofrecía identidad, y la identidad ofrecía dirección.

En la actualidad, convivir se ha transformado en un reto complejo. Las dinámicas familiares han cambiado, las instituciones educativas ya no son las únicas responsables de formar en valores y la sociedad se mueve a un ritmo acelerado que, en muchos casos, deja poco espacio para el diálogo pausado, la escucha atenta y la reflexión compartida. La tecnología ha modificado profundamente las formas de relacionarnos, acortando distancias, pero también generando nuevas tensiones. Los derechos ocupan un lugar central en el discurso social —con legitimidad y necesidad—, mientras que los deberes, la responsabilidad y el compromiso colectivo parecen quedar, a veces, en segundo plano o sujetos a constantes reinterpretaciones. La convivencia ya no se asume; se cuestiona, se redefine y, en ocasiones, se fragmenta, según la educación recibida.

Los conflictos no han desaparecido; por el contrario, se manifiestan con mayor visibilidad y alcance. Surgen en el hogar, en la escuela, en las instituciones y en la sociedad, adoptando formas distintas a las del pasado. Las diferencias generacionales se hacen más evidentes, los límites se negocian con mayor frecuencia y la autoridad requiere fundamentarse en el diálogo más que en la imposición. Los modales, que antes se transmitían de manera casi implícita a través del ejemplo, hoy requieren ser enseñados de forma explícita, argumentados y sostenidos en contextos donde las

referencias ya no son homogéneas. Incluso la escucha —ese acto fundamental para la convivencia— parece verse desplazada por la urgencia de hablar, responder y opinar, muchas veces sin el tiempo necesario para comprender y entender lo que está en el entorno.

En este escenario, la escuela y la familia enfrentan una responsabilidad compartida que no admite delegaciones unilaterales. Ya no basta con señalar responsabilidades externas; es necesario reconstruir alianzas. Educar para convivir implica asumir que cada espacio —hogar, aula, comunidad— influye de manera decisiva en la formación del carácter. Cuando estos ámbitos actúan de manera desconectada, el mensaje se fragmenta; cuando trabajan en coherencia, se fortalece el proceso formativo. La convivencia, entonces, deja de ser un contenido adicional y se convierte en eje transversal de toda experiencia educativa, que es un proceso integral.

Este libro propone detenerse frente a estos cambios y comprenderlos. Ofrece un recorrido progresivo que parte del espacio más íntimo, el hogar y los vínculos generacionales, y se extiende hacia la convivencia escolar, social e institucional. A lo largo de este trayecto, se analizan las relaciones entre familias, estudiantes, docentes y autoridades, reconociendo tanto los puntos de encuentro como las tensiones que emergen en contextos atravesados por transformaciones sociales, culturales y tecnológicas. El contraste entre el “antes” y el “ahora” permite identificar continuidades, rupturas y aprendizajes, así como los factores que han acelerado estos procesos, entre ellos acontecimientos históricos recientes que marcaron profundamente la forma de convivir y de entender la cercanía humana con sus aptitudes y actitudes que son múltiples.

El propósito no es idealizar tiempos pasados ni descalificar el presente. Comprender implica mirar con profundidad y sin nostalgia excesiva cómo han cambiado las maneras de establecer normas, afrontar conflictos, enseñar valores y construir acuerdos. Implica reconocer qué aspectos permanecen, cuáles se han transformado y cuáles requieren ser reconstruidos desde una mirada consciente y crítica. En este sentido, la escucha emerge como un valor central: no solo escuchar para responder, sino escuchar para comprender, para reconocer al otro y para construir convivencia basada en el respeto mutuo, la solidaridad, honestidad, amabilidad, responsabilidad

Asimismo, esta obra reconoce que cada generación enfrenta desafíos propios. Lo que para algunos fue certeza, para otros es cuestionamiento; lo que antes se asumía como verdad indiscutible, hoy se somete a debate. Esta tensión no debe entenderse como decadencia, sino como oportunidad de madurez social. Aprender a convivir en la diversidad de perspectivas exige habilidades emocionales, pensamiento crítico y una ética del cuidado que trascienda intereses individuales. Esto permite tomar sus propias decisiones sin olvidar donde vengo y donde voy.

Convivir también implica aprender a gestionar el desacuerdo sin convertirlo en ruptura. En una sociedad donde la inmediatez predomina, se vuelve indispensable recuperar la pausa reflexiva. No todo conflicto requiere confrontación inmediata; algunos necesitan escucha, otros acompañamiento y muchos, simplemente, disposición para comprender la historia que sostiene cada postura y define la identidad personal para defender principios que complacen a todos.

Este libro invita a la reflexión y al diálogo, porque convivir no es un proceso automático ni estático, y nunca ha sido igual para todas las generaciones. Sin embargo, sigue siendo —ayer, hoy y siempre— uno de los desafíos más profundos de la educación y de la vida en sociedad. Comprender sus transformaciones no solo amplía nuestra mirada, sino que nos compromete a actuar con mayor conciencia, que trascienda en el aula, enfocándose en conocimientos y valores.

## CAPITULO I

### LOS VÍNCULOS FAMILIARES: ENTRE GENERACIONES

*"El hombre es por naturaleza un ser social."*  
Aristóteles (ca. 350 a. C.)

Desde tiempos antiguos, el pensamiento filosófico ya advertía que el ser humano no puede permanecer aislado. Aristóteles señalaba que nuestra esencia está profundamente ligada a la convivencia y al encuentro con otros. En esa trama de relaciones, la familia constituye el primer escenario donde aprendemos a mirarnos, a nombrar el mundo y a reconocer nuestras emociones. Allí se construyen los cimientos de la identidad, la seguridad afectiva y el sentido de pertenencia. Para educadores y padres, comprender esta raíz social implica reconocer que cada niño y adolescente llega al aula cargado de historias, aprendizajes invisibles y experiencias emocionales que influyen en su manera de aprender y relacionarse, mediante la interacción social.

Los vínculos familiares entre generaciones no son únicamente la transmisión de normas o tradiciones; son, ante todo, espacios de diálogo, memoria y transformación. Cada generación hereda valores, pero también desafíos no resueltos. Los abuelos transmiten relatos, los padres modelan conductas y los hijos reinterpretan el legado recibido. En este proceso, pueden surgir tensiones propias de los cambios sociales y tecnológicos, pero también oportunidades para fortalecer la empatía y el respeto mutuo. Cuando existe escucha genuina, las diferencias dejan de ser brechas y se convierten en puentes de aprendizaje intergeneracional.

Desde la psicología del desarrollo, se reconoce que los lazos afectivos tempranos influyen significativamente en la manera en que los niños y adolescentes establecen relaciones futuras y enfrentan conflictos. Tal como sostiene John Bowlby (1986), el apego constituye un sistema fundamental para la regulación emocional y la seguridad interna, configurando modelos relacionales que perduran a lo largo de la vida. Esto invita a las familias a reflexionar sobre la calidad de sus interacciones cotidianas: no se trata de perfección, sino de presencia, coherencia y afecto. Para los docentes, esta

comprensión permite mirar más allá del comportamiento observable y reconocer la historia vincular que cada estudiante porta.

En el contexto actual, donde la rapidez y la virtualidad parecen redefinir las formas de relación, fortalecer los vínculos familiares se convierte en un acto consciente y necesario.

Las conversaciones sin dispositivos, los rituales compartidos y la validación emocional son prácticas sencillas que sostienen la cohesión familiar. Educar no es solo instruir; es acompañar procesos humanos complejos que requieren paciencia y sensibilidad. Cuando familia y escuela trabajan en sintonía, el adolescente encuentra una red de apoyo coherente que le permite desarrollarse con mayor equilibrio y confianza, moviéndose en un pensamiento crítico.

Reconocer que somos seres sociales implica asumir una responsabilidad colectiva: cuidar los vínculos que nos sostienen. Las generaciones no deben mirarse como adversarias, sino como aliadas en la construcción de un futuro más consciente y compasivo. En la medida en que padres, educadores y jóvenes dialoguen desde el respeto, la familia dejará de ser solo una estructura y se convertirá en una comunidad viva de aprendizaje, resiliencia y amor compartido.

La corresponsabilidad, el apoyo emocional mejoran los compromisos, potencia el aprendizaje, la familia y la escuela son los agentes de la socialización, respetando su forma de ver y hacer las cosas, siempre que sea en forma armónica, respetando los valores

***“La libertad no consiste en hacer lo que se quiere, sino en querer lo que se debe.” Jean-Paul Sartre (1943)***

## Derechos y deberes dentro del hogar

Hablar de derechos y deberes dentro del hogar es reflexionar sobre el equilibrio entre libertad y responsabilidad. La frase de Jean-Paul Sartre nos recuerda que la verdadera libertad no se reduce al impulso individual, sino que se vincula con la conciencia del deber hacia los demás. En generaciones anteriores, los roles familiares solían estar claramente definidos: los padres ejercían autoridad incuestionable y los hijos asumían obediencia como principio central. El deber estaba asociado al respeto, la colaboración doméstica y el cumplimiento de normas establecidas sin mayor debate. Si bien este modelo promovía orden y estructura, en ocasiones limitaba el diálogo y la expresión emocional. Esta postura significa defender normas, valores, principios.

En la actualidad, la comprensión de los derechos dentro del hogar ha evolucionado hacia una visión más participativa y equitativa. Los niños y adolescentes son reconocidos como sujetos de derechos, con voz y capacidad de opinión en asuntos que les conciernen. Este cambio responde a transformaciones sociales y jurídicas que promueven el respeto a la dignidad y al desarrollo integral. Sin embargo, junto con el reconocimiento de derechos surge el desafío de fortalecer la corresponsabilidad. La tecnología, las redes sociales y el acceso inmediato a la información han ampliado horizontes, pero también han generado nuevas tensiones en torno a la autoridad, los límites y la convivencia. ”

**La sencillez es la máxima sofisticación”**

**Leonardo da Vinci**

En décadas pasadas, los deberes estaban estrechamente vinculados al aporte tangible dentro del hogar: tareas domésticas, cuidado de hermanos menores o participación en actividades productivas familiares. Hoy, aunque estas responsabilidades siguen siendo valiosas, se han transformado en medio de una dinámica digital que absorbe tiempo y atención. El uso constante de dispositivos puede debilitar la interacción presencial y alterar la percepción del compromiso familiar. Como señala Zygmunt Bauman (2007), vivimos en una modernidad líquida donde las relaciones tienden a volverse frágiles y cambiantes, lo que exige un esfuerzo consciente para

sostener vínculos sólidos y responsabilidades compartidas, enfocados en el desarrollo personal.

Por encima del talento están los valores comunes: disciplina, amor, sin considerar la buena suerte

Para educadores y padres, el desafío contemporáneo no radica en regresar al pasado ni en aceptar sin cuestionamientos las dinámicas actuales, sino en construir un equilibrio. Esto implica enseñar que los derechos no son privilegios aislados, sino garantías acompañadas de deberes éticos y afectivos. La corresponsabilidad dentro del hogar fomenta autonomía, empatía y sentido de pertenencia. Cuando un niño o adolescente comprende que su libertad se ejerce respetando la libertad de los demás, comienza a madurar emocionalmente y en su conciencia social.

Así, la transformación social y tecnológica no debe entenderse como una amenaza, sino como una oportunidad para redefinir acuerdos familiares desde el diálogo. El hogar puede convertirse en un espacio donde se practique la libertad responsable, se negocien normas con respeto y se cultive la solidaridad intergeneracional. Educar en derechos y deberes hoy exige coherencia, ejemplo y acompañamiento constante, recordando que cada generación aprende no solo de lo que se le dice, sino de lo que observa y vive cotidianamente que aprecia como modelo.

La evolución de los modelos familiares y las transformaciones sociales han abierto nuevas posibilidades para fortalecer la convivencia desde una perspectiva más humana y participativa. Reconocer la voz de niños y adolescentes no implica debilitar la autoridad, sino redefinirla sobre bases de respeto mutuo, coherencia y orientación formativa. Cuando los derechos se comprenden junto con los deberes, la convivencia deja de ser una imposición y se transforma en un ejercicio consciente de corresponsabilidad, interactuando en forma positiva, fomentando una cultura de paz para ser ciudadanos responsables, armoniosos, amigables, sinceros buenos.

De esta manera, el hogar se consolida como el primer espacio donde se aprende a vivir en sociedad. Allí se siembran las bases del respeto, la cooperación y el compromiso que posteriormente se proyectarán hacia la escuela y la comunidad. Educar en derechos y deberes no solo fortalece la armonía familiar, sino que contribuye a formar ciudadanos capaces de

construir relaciones más justas, solidarias y responsables en el mundo que comparten.

*“La educación no es preparación para la vida; la educación es la vida misma.”*

John Dewey (1897)

Aprender a vivir con otros es una de las tareas más desafiantes y enriquecedoras de la existencia humana. John Dewey rompió con la visión tradicional de la educación como un simple paso preparatorio hacia el futuro para afirmar que *la educación es vida misma* — un proceso que ocurre aquí y ahora, en cada interacción, conflicto resuelto, diálogo sentido y mirada compartida. Esto presupone que la escuela es más que un lugar de transmisión de contenidos; es un laboratorio social vivo, un espacio donde se aprende a convivir, cooperar, debatir y asumir compromisos con los demás. Implica fomentar espacios de diálogo y tolerancia

## La convivencia en la escuela

La escuela es el primer escenario social estructurado que une a niñas, niños y adolescentes con una diversidad humana mayor que la que puedan conocer en sus familias. En este contexto, la convivencia escolar se ha entendido como un conjunto de prácticas, normas y dinámicas que permiten que las relaciones interpersonales se desarrollen con respeto, solidaridad y sentido de pertenencia. Investigaciones recientes sobre convivencia escolar señalan que cuando los estudiantes perciben un clima de respeto y cooperación, su aprendizaje cognitivo y social se potencia, y se reducen conflictos que obstaculizan el bienestar en la comunidad educativa. Así, aprender a vivir con otros implica no solo adquirir conocimientos, sino también habilidades

socioemocionales fundamentales como la empatía, el diálogo y la gestión responsable de conflictos. (Méndez, J. P., at, 2025).

La sociedad contemporánea, con sus retos de globalización, diversidad cultural y tecnologías digitales, exige que la educación vaya más allá de las aulas convencionales. Las escuelas que trabajan en colaboración con familias y comunidades extienden el ámbito educativo hacia la vida real: proyectos comunitarios, prácticas de servicio y diálogo con actores sociales

promueven una comprensión más profunda del entorno y reconectan la experiencia de los estudiantes con la realidad social que les rodea. Este enfoque reconoce que la educación no se limita a los contenidos curriculares, sino que también se construye en espacios donde hay compromiso social, participación activa y sentido ético. Se requiere estructurar normas sólidas y técnicas .

Además, el desarrollo de habilidades sociales en los entornos educativos actuales se ha visto respaldado por programas y estudios que muestran cómo la cultivación de competencias socioemocionales mejora significativamente la convivencia y el rendimiento académico. Aprender a vivir con otros, entonces, no es solo aprender a coexistir pacíficamente: es aprender a pensar críticamente, colaborar en objetivos comunes, escuchar diferentes perspectivas y contribuir al bien común. Estas capacidades son esenciales para enfrentar los desafíos éticos, ambientales y sociales de nuestro tiempo entre ellos la Inteligencia Artificial.

La relación entre estudiantes y docentes también ha cambiado profundamente. Antes, la figura del docente era vista como autoridad incuestionable: se esperaba obediencia y se valoraba más la transmisión de contenido que el diálogo. Esta modalidad, si bien generaba orden, limitaba el entendimiento emocional y la participación activa de los estudiantes. En contraste, investigaciones recientes en educación señalan que una relación de respeto mutuo y diálogo entre docentes y estudiantes favorece la motivación, la participación y la autorregulación (Learning Policy Institute, 2023). Cuando los docentes actúan como facilitadores del aprendizaje y no solo como transmisores de conocimiento, se promueve un clima de cooperación donde los estudiantes sienten que su voz importa y sus ideas son valiosas. Esto fomenta no solo mejores resultados académicos, sino también una convivencia más saludable y significativa.

La convivencia entre padres y docentes también ha evolucionado con los cambios sociales y tecnológicos. En el pasado, la comunicación entre la familia y la escuela era principalmente formal y limitada a reuniones puntuales o informes escritos. La figura del padre o madre de familia estaba en gran medida fuera del espacio escolar, y a menudo se asumía que el rol educativo era responsabilidad exclusiva de la escuela. Sin embargo, estudios recientes muestran que la participación activa de las familias en el proceso educativo genera un impacto positivo en el

desarrollo integral de los estudiantes (Ruiz Ortiz & Peña García, 2024). Esta participación se expresa en diálogo constante, colaboración en actividades escolares y decisiones compartidas sobre el aprendizaje y el comportamiento, fortaleciendo así el vínculo entre hogar y escuela.

Es importante resaltar, la importancia de comprender la educación como un proceso compartido que trasciende los límites físicos de la escuela. Cuando las familias participan activamente en la vida escolar, se genera una red de apoyo que fortalece tanto el aprendizaje académico como el desarrollo emocional de los estudiantes. El diálogo constante entre padres y docentes permite alinear expectativas, comprender mejor las necesidades individuales y construir estrategias conjuntas que favorezcan el bienestar del estudiante. De este modo, la corresponsabilidad educativa no solo mejora la comunicación entre hogar y escuela, sino que también contribuye a consolidar una comunidad educativa más comprometida, donde cada actor asume un papel activo en la formación integral de las nuevas generaciones. La educación es una acción compartida para garantizar la formación integral, el éxito académico, social implica un esfuerzo conjunto.

La tecnología ha sido un factor que transformó las formas de convivencia educativa en todos estos vínculos. Así como ha ampliado las posibilidades de comunicación y acceso al conocimiento, también ha puesto en evidencia desafíos importantes: distracciones digitales, diferencias en el acceso a la conectividad y brechas en las expectativas entre generaciones. No obstante, la tecnología también ha permitido nuevas formas de colaboración y cercanía, como plataformas de comunicación directa entre padres y docentes, herramientas de aprendizaje en línea y espacios de interacción digital que complementan lo presencial. Lo esencial es que estas herramientas sean mediadas con responsabilidad, diálogo y acompañamiento, para que no sustituyan las relaciones humanas, sino que las enriquezcan, los valores y hábitos indispensables.

Reflexionar sobre la convivencia escolar y su transformación de ayer a hoy nos invita a reconocer que las relaciones humanas dentro del sistema educativo son dinámicas, complejas y fundamentales para la formación integral. Educar para la vida es educar para la convivencia respetuosa, empática y colaborativa, y requiere de la participación activa de

estudiantes, docentes y familias en un compromiso compartido con la dignidad humana y el aprendizaje continuo.

Finalmente, considerar la educación como vida implica comprender que cada integrante de la comunidad educativa, estudiantes, docentes, familias y sociedad en general, tiene un papel activo en la construcción de un tejido social más justo, inclusivo y solidario. Las relaciones que se tejen en la escuela son fundamentos de la convivencia democrática en la sociedad; son prácticas que enseñan a respetar la diversidad, a dialogar en la diferencia y a construir soluciones compartidas a problemas complejos. Educar para la vida es, por tanto, educar para la vida con otros, una invitación que trasciende los muros del aula y se extiende a cada espacio de la vida cotidiana.

En este sentido, el equilibrio entre derechos y deberes dentro del hogar se convierte en un pilar esencial para la formación de individuos conscientes y comprometidos con su entorno.

La libertad adquiere verdadero significado cuando se ejerce con responsabilidad y consideración hacia los demás. En la vida familiar, este aprendizaje se construye a través del diálogo, el ejemplo y la participación activa de todos sus miembros, generando un ambiente donde cada persona se reconoce como parte de un proyecto común.

***“Educar exige amor, humildad y coherencia.”***

**Paulo Freire (1996)**

La convivencia institucional es el entramado invisible que sostiene la relación entre familia, escuela e institución. Cuando Paulo Freire afirmaba que educar exige amor, humildad y coherencia, advertía que la educación no puede reducirse a procedimientos administrativos ni a discursos normativos; es un acto profundamente humano que demanda ética relacional. Sin embargo, la relación entre estos tres actores no siempre ha sido armónica. Históricamente, la escuela asumió una posición jerárquica frente a las familias, mientras que las instituciones educativas priorizaban reglamentos por encima del diálogo. Esta estructura, aunque organizaba el sistema, generaba tensiones silenciosas y distancias emocionales que afectaban la confianza mutua. Es que el ser humano debe aprender a leer el mundo que le rodea y lo que le implica.

## **Familia, escuela e institución: una relación en tensión**

En el pasado, cuando surgían conflictos entre familia y escuela, predominaba la lógica de la autoridad institucional. Las decisiones se comunicaban de manera unilateral y los padres solían asumir un rol pasivo o reactivo. En contraste, en la actualidad se reconoce que la convivencia institucional requiere corresponsabilidad y participación activa de todos los actores. Estudios recientes señalan que los modelos de gestión escolar basados en liderazgo colaborativo fortalecen el clima institucional y reducen significativamente los conflictos entre familias y docentes (Bolívar, 2022). Este enfoque invita a comprender que la tensión no es necesariamente negativa; puede convertirse en un espacio de construcción conjunta cuando existe apertura al diálogo y reconocimiento del otro como aliado educativo. Para cambiar el mundo juntos.

La sociedad contemporánea ha complejizado esta relación. La inmediatez de la comunicación digital, la exposición pública en redes sociales y la diversidad de perspectivas culturales han intensificado los desacuerdos entre familia e institución. Hoy, una decisión pedagógica puede ser cuestionada de forma inmediata, y un conflicto puede amplificarse más allá del aula. Investigaciones recientes destacan que la confianza institucional se construye a partir de transparencia, comunicación asertiva y participación real de las familias en procesos formativos (UNESCO, 2023). Cuando estos elementos faltan, la tensión se transforma en confrontación; cuando están presentes, la diferencia se convierte en aprendizaje compartido.

La convivencia institucional en la actualidad exige replantear el concepto de autoridad. Ya no se trata de imponer normas, sino de sostener acuerdos contruidos colectivamente. Las instituciones educativas que promueven espacios de mediación, escuelas para padres y proyectos colaborativos logran disminuir la polarización y fortalecer el sentido de comunidad. La clave está en comprender que familia y escuela no compiten por la formación del niño o adolescente; se complementan. Cuando ambos sistemas se reconocen como corresponsables del desarrollo integral, el estudiante percibe coherencia y seguridad en su entorno.

Educar con amor, humildad y coherencia implica aceptar que la tensión forma parte natural de toda relación humana. No se trata de eliminar el conflicto, sino de gestionarlo con madurez ética y sensibilidad pedagógica. La convivencia institucional saludable se construye cuando cada actor asume su rol con responsabilidad y empatía, comprendiendo que el objetivo común es el bienestar y crecimiento del adolescente. En este equilibrio dinámico entre normas y afecto, entre firmeza y escucha, se forja una comunidad educativa verdaderamente transformadora.

*“Nadie puede vivir feliz si no vive conforme a la naturaleza social del ser humano.”*

Séneca (ca. 65 d. C.)

Desde la antigüedad, Séneca advertía que la felicidad humana no puede construirse en aislamiento. Vivir conforme a nuestra naturaleza social implica reconocer que cada acción individual tiene un impacto colectivo. En tiempos pasados, la convivencia social estaba profundamente ligada a comunidades más estables: barrios donde todos se conocían, redes familiares extendidas y vínculos que se sostenían por tradición y cercanía física. Hoy, la sociedad se caracteriza por mayor movilidad, diversidad cultural e interacciones digitales que amplían horizontes, pero que también pueden debilitar la profundidad de los lazos. Este cambio exige una educación que prepare no solo para el desempeño académico, sino para la participación ética y responsable en entornos plurales, cambiantes y escenarios volátiles inciertos, complejos, ambiguos.

## Convivir en la sociedad

La convivencia social contemporánea enfrenta desafíos complejos: polarización ideológica, desigualdad, violencia simbólica en entornos digitales y debilitamiento del diálogo respetuoso. Estudios recientes en educación para la ciudadanía evidencian que el fortalecimiento de competencias socioemocionales y éticas en contextos escolares mejora significativamente la participación democrática y el respeto por la diversidad (García-Martínez & Torres, 2022). Así, convivir en sociedad no es simplemente coexistir, sino aprender a gestionar diferencias sin deshumanizar al otro. Esta tarea requiere que la escuela y la familia trabajen de manera articulada para modelar conductas basadas en la empatía, la escucha activa y la responsabilidad compartida.

En generaciones anteriores, la socialización se producía principalmente en espacios físicos: la plaza, la escuela, la iglesia o el hogar ampliado. En la actualidad, gran parte de la interacción ocurre también en entornos virtuales, donde los códigos de respeto no siempre están claros y la inmediatez puede favorecer respuestas impulsivas. Investigaciones recientes señalan que la alfabetización digital y ética es clave para promover una convivencia saludable en redes sociales y comunidades virtuales (UNESCO, 2023). Educar para convivir hoy implica enseñar a pensar antes de publicar, a contrastar información y a reconocer la dignidad humana incluso detrás de una pantalla, la que fue adaptada rápidamente y es una competencia en la educación. Para educadores y padres de familia, el reto es formar niños y adolescentes conscientes de su pertenencia a una comunidad más amplia. La convivencia social comienza en pequeños gestos: respetar turnos de palabra, cumplir compromisos, colaborar en proyectos comunes y reconocer errores con humildad. Cuando estas prácticas se cultivan desde la infancia, se convierten en cimientos de ciudadanía responsable. No se trata de aspirar a una sociedad sin conflictos, sino de construir una cultura donde las diferencias se tramiten con justicia y respeto.

Convivir en la sociedad, entonces, es aceptar que nuestra realización personal está intrínsecamente ligada al bienestar colectivo. La felicidad auténtica no surge del individualismo aislado, sino del equilibrio entre derechos y deberes, entre libertad y responsabilidad. Educar para esta convivencia es sembrar en cada generación la convicción de que el otro no

es una amenaza, sino un compañero de camino en la construcción de un futuro más humano y solidario.

los desafíos de la convivencia social contemporánea evidencian la necesidad de fortalecer la educación en valores y competencias socioemocionales que permitan a las personas interactuar de manera respetuosa y constructiva. En un contexto marcado por la polarización y la rapidez de la comunicación, aprender a gestionar las diferencias sin recurrir a la descalificación o al conflicto destructivo se convierte en una habilidad fundamental para la vida en comunidad. La formación en empatía, diálogo y pensamiento crítico contribuye a construir sociedades más participativas, donde la diversidad de ideas se reconozca como una riqueza y no como una amenaza, debido a las condiciones cambiantes y dinámicas que influyen en los individuos.

## CAPITULO II

### EL CONFLICTO COMO PARTE DE CONVIVIR

*"No es la ausencia de conflicto, sino la capacidad de manejarlo, lo que define una relación sana."*

Daniel Goleman (1995)

Hablar de conflicto en el hogar no es hablar de fracaso, sino de humanidad. La convivencia familiar, por su propia naturaleza, reúne personalidades distintas, generaciones con experiencias diferentes y expectativas que no siempre coinciden. Pretender una familia sin desacuerdos es desconocer que el conflicto es parte inherente de toda relación significativa. Como plantea Daniel Goleman, la salud de un vínculo no depende de evitar tensiones, sino de la manera en que estas se gestionan. En décadas anteriores, los conflictos familiares solían resolverse desde modelos más autoritarios, donde el diálogo era limitado y la expresión emocional podía interpretarse como desafío. Aunque estos esquemas mantenían el orden, muchas veces silenciaban necesidades afectivas profundas, en autocontrol, autoconocimiento, motivación, autonomía crítica.

#### El conflicto en el hogar

En la actualidad, el enfoque ha cambiado hacia una comprensión más emocional y participativa del conflicto. Las investigaciones recientes sobre educación emocional en contextos familiares señalan que cuando los padres modelan habilidades de regulación emocional y comunicación asertiva, los adolescentes desarrollan mayor capacidad de autocontrol y resolución pacífica de desacuerdos (Extremera & Fernández-Berrocal, 2021). Este cambio implica reconocer que los conflictos pueden convertirse en oportunidades de aprendizaje: momentos para enseñar respeto, escucha activa y responsabilidad afectiva. La familia deja de ser un espacio donde "se impone la razón" para transformarse en un lugar donde se construyen acuerdos.

Sin embargo, los desafíos contemporáneos han añadido nuevas fuentes de tensión. El uso excesivo de dispositivos electrónicos, las diferencias generacionales frente a la tecnología y las demandas laborales que reducen el tiempo compartido influyen en la dinámica familiar. Estudios

recientes advierten que la comunicación digital puede disminuir la calidad de la interacción presencial si no existe mediación consciente por parte de los adultos (Radesky et al., 2022). Esto no significa demonizar la tecnología, sino aprender a integrarla de manera equilibrada, estableciendo límites claros y fomentando espacios de conversación sin interrupciones digitales.

El conflicto en el hogar también revela necesidades no expresadas: deseo de autonomía en los adolescentes, necesidad de control en los padres, temores frente a cambios sociales acelerados. Cuando estas emociones no se reconocen, el desacuerdo puede escalar hacia la confrontación. Por ello, la educación emocional en la familia se vuelve esencial. Aprender a nombrar lo que se siente, validar la perspectiva del otro y buscar soluciones conjuntas fortalece la confianza y la cohesión familiar. El conflicto, bien gestionado, no separa; por el contrario, puede consolidar vínculos más maduros y conscientes convirtiéndose en una oportunidad de crecimiento.

Entender el conflicto como parte natural de convivir es aceptar que la armonía no significa ausencia de diferencias, sino presencia de diálogo. Educar en el hogar desde esta perspectiva implica enseñar que la discrepancia no es enemiga del amor, sino una oportunidad para crecer juntos. Cuando padres e hijos aprenden a escucharse con respeto y coherencia, el conflicto deja de ser una amenaza y se convierte en un puente hacia relaciones más sanas, empáticas y resilientes lo que indica una acción constante de transformaciones mutuas. Pero es necesario una transformación profunda en la forma de actuar, vivir, en los sistemas que rigen la convivencia de los integrantes de la colectividad para mejorar la calidad de organización buscando personas críticas, comprometidas con los valores y el desarrollo integral en los diferentes aspectos

***“La paz no es ausencia de conflicto, es la capacidad de manejar el conflicto por medios pacíficos.”***

**Martin Luther King Jr. (1964)**

Comprender el conflicto en la escuela y en la sociedad implica aceptar que la diversidad de pensamientos, culturas y emociones inevitablemente genera tensiones. Martin Luther King Jr. nos recuerda que la paz auténtica no se basa en silenciar las diferencias, sino en gestionarlas con justicia y dignidad. Durante décadas, el conflicto escolar fue abordado desde enfoques sancionadores, donde la disciplina punitiva era la respuesta inmediata ante la transgresión. Este modelo, aunque mantenía el orden

aparente, pocas veces atendía las causas profundas del desacuerdo ni promovía aprendizajes socioemocionales duraderos.

## **El conflicto en la escuela y la sociedad**

En la actualidad, la investigación educativa impulsa modelos restaurativos y preventivos que priorizan el diálogo y la mediación. Estudios recientes muestran que los programas de prácticas restaurativas en centros educativos reducen significativamente los índices de violencia escolar y fortalecen el sentido de pertenencia estudiantil (González-García & Ortega-Ruiz, 2022). Este enfoque propone que el conflicto sea una oportunidad pedagógica: un espacio para que el estudiante reconozca el impacto de sus acciones, repare el daño y reconstruya la relación. Así, la escuela deja de ser únicamente un espacio de sanción para convertirse en un entorno de formación ética y ciudadana. El conflicto en la sociedad contemporánea también ha adquirido nuevas dimensiones. Las redes sociales, la polarización ideológica y la exposición constante a discursos de confrontación influyen en la manera en que niños y adolescentes interpretan la diferencia. Investigaciones recientes advierten que la educación en competencias ciudadanas y pensamiento crítico es fundamental para prevenir la violencia simbólica y promover el respeto en entornos digitales (UNESCO, 2023). Esto exige que la escuela no permanezca aislada de la realidad social, sino que forme estudiantes capaces de dialogar, contrastar información y participar activamente en la construcción de una convivencia democrática.

Antes, los conflictos sociales se resolvían principalmente en espacios físicos y con tiempos de reflexión más prolongados. Hoy, la inmediatez amplifica emociones y reduce la pausa necesaria para el entendimiento. Frente a este escenario, el rol del docente se fortalece como mediador y guía emocional, capaz de enseñar a transformar la reacción impulsiva en respuesta consciente. Cuando la comunidad educativa trabaja en alianza con las familias, el estudiante percibe coherencia en el manejo de normas y valores, lo que refuerza su capacidad de autorregulación y responsabilidad social, gestionando pensamientos, sentimientos y acciones interesantes.

la transformación de los espacios de interacción social exige ampliar la mirada educativa hacia los entornos digitales. Las redes sociales y las

plataformas virtuales han abierto nuevas oportunidades de comunicación, pero también han generado escenarios donde la convivencia puede verse afectada por la falta de reflexión y responsabilidad. Por ello, la alfabetización digital y ética se vuelve indispensable, no solo para el uso adecuado de la tecnología, sino para promover una cultura de respeto que trascienda el espacio físico y se extienda a las comunidades virtuales, estableciendo límites de tiempo, controles, equilibrio, entablar entorno seguro.

La paz escolar y social no consiste en evitar el desacuerdo, sino en aprender a transitarlo con respeto. Educar para la convivencia implica enseñar que el conflicto puede ser una oportunidad para fortalecer la empatía, la justicia y la solidaridad. Cuando se gestionan las diferencias mediante medios pacíficos, se construyen comunidades más resilientes, capaces de enfrentar desafíos colectivos sin renunciar a la dignidad humana.

## CAPITULO III

### Los modales: ¿se enseñan o se suponen?

*“La educación del carácter es tan importante como la educación de la mente.”*

Theodore Roosevelt (1908).

Cuando Theodore Roosevelt afirmaba que la educación del carácter es tan importante como la educación de la mente, subrayaba una verdad que hoy cobra renovada vigencia. En medio de avances tecnológicos y transformaciones sociales aceleradas, los valores cotidianos parecen diluirse entre la prisa y la virtualidad. Los modales: saludar, agradecer, pedir permiso, escuchar sin interrumpir; han pasado de ser prácticas explícitamente enseñadas en el hogar a convertirse, en muchos casos, en conductas que se suponen aprendidas. Sin embargo, lo que se supone rara vez se consolida. La formación del carácter requiere intención, ejemplo y coherencia diaria.

En generaciones anteriores, los modales eran parte estructural de la crianza. Se enseñaban de forma directa, incluso repetitiva, y estaban profundamente ligados al respeto por la autoridad y la convivencia social. Hoy, aunque el respeto sigue siendo un valor esencial, la manera de expresarlo ha cambiado. Las dinámicas familiares más horizontales y el énfasis en la autonomía infantil han transformado la forma en que se transmiten las normas sociales. Investigaciones recientes en educación del carácter destacan que los valores prosociales no se interiorizan por simple exposición, sino mediante modelamiento constante y diálogo reflexivo en casa y en la escuela (López-González & Bisquerra, 2021). Esto confirma que los modales no se heredan automáticamente: se construyen en la interacción cotidiana.

La transformación digital también ha impactado la expresión de los modales. En entornos virtuales, el tono de voz, la mirada y la presencia física, elementos clave de la cortesía tradicional, se sustituyen por mensajes breves y respuestas inmediatas. Esta nueva forma de comunicación puede debilitar la empatía si no se educa en competencias socioemocionales y ciudadanía digital. Estudios recientes subrayan que el desarrollo de habilidades como la escucha activa y el respeto en contextos digitales es

fundamental para mantener relaciones saludables en la sociedad actual (UNESCO, 2023). Enseñar modales hoy implica ampliar su significado: no solo comportarse adecuadamente en persona, sino también interactuar con responsabilidad en espacios virtuales lo que implica equilibrar el tiempo, proteger la privacidad, consumo pasivo

Para educadores y padres, el desafío no es imponer formalismos vacíos, sino rescatar el sentido profundo de los modales como expresión de consideración hacia el otro. Decir “por favor” y “gracias” no es una fórmula automática, sino un reconocimiento de la dignidad ajena. Cuando los adultos modelan respeto en el trato diario, los adolescentes aprenden que el carácter se manifiesta en pequeños gestos repetidos con coherencia. La cortesía deja entonces de ser una obligación social y se convierte en una práctica ética por ser pilares fundamentales para la convivencia.

En una sociedad en constante cambio, los valores cotidianos no desaparecen; se transforman. La pregunta no es si los modales siguen siendo necesarios, sino cómo los enseñamos en contextos distintos a los del pasado. Educar el carácter exige intencionalidad, ejemplo y diálogo permanente entre familia y escuela. Solo así los valores dejarán de suponerse y comenzarán a vivirse conscientemente, fortaleciendo generaciones capaces de convivir con respeto, empatía y responsabilidad

*“Tenemos dos oídos y una sola boca para escuchar el doble de lo que hablamos.”*

Epicteto (ca. 100 d. C.).

Desde la sabiduría estoica, Epicteto nos invita a reflexionar sobre una virtud que parece sencilla, pero que exige profunda disciplina interior: saber escuchar. En el hogar y en la escuela, escuchar no es simplemente permanecer en silencio mientras el otro habla; es un acto de reconocimiento, una afirmación de que la voz del otro importa. En generaciones anteriores, el diálogo estaba más marcado por jerarquías, donde la palabra adulta predominaba sobre la infantil. Hoy, aunque promovemos mayor participación y expresión emocional, paradójicamente vivimos en una cultura donde se habla mucho y se escucha poco. La inmediatez y la sobreexposición digital han reducido los espacios de escucha auténtica, sustituyéndolos por respuestas rápidas y superficiales.

## El arte de saber escuchar

El arte de escuchar se ha convertido en una competencia socioemocional clave para la convivencia. Investigaciones recientes evidencian que la escucha activa fortalece la empatía, mejora la resolución de conflictos y contribuye al bienestar psicológico en contextos educativos y familiares (García-Raga & Boqué, 2022). Cuando un adolescente se siente verdaderamente escuchado, disminuye su resistencia y aumenta su disposición al diálogo. Escuchar implica atender no solo a las palabras, sino también a las emociones subyacentes, a los silencios y a los gestos que comunican aquello que no siempre se expresa con claridad. Es, en esencia, una práctica de presencia consciente.

En el contexto escolar actual, la escucha activa transforma la dinámica entre docentes y estudiantes. Antes, la enseñanza estaba centrada principalmente en la exposición magistral; hoy se reconoce que el aprendizaje significativo surge cuando el estudiante participa y se siente comprendido. Estudios contemporáneos sobre clima escolar muestran que los docentes que practican la escucha empática generan mayor motivación y compromiso académico en sus alumnos (OECD, 2023). Este cambio no debilita la autoridad pedagógica; por el contrario, la fortalece, porque construye relaciones basadas en confianza y respeto mutuo.

En el ámbito familiar, saber escuchar es también un acto de humildad. Significa reconocer que los hijos tienen pensamientos propios, preocupaciones legítimas y emociones que merecen validación. Muchas tensiones intergeneracionales surgen no por falta de amor, sino por falta de escucha. Cuando los padres escuchan sin interrumpir ni juzgar de inmediato, crean un espacio seguro donde el adolescente puede expresar dudas y errores sin temor. De esta manera, la comunicación se convierte en puente y no en barrera.

En este proceso, la familia y la escuela continúan siendo pilares esenciales en la formación de ciudadanos conscientes de su papel dentro de la sociedad. Cuando ambos espacios trabajan de manera articulada, se fortalecen los aprendizajes relacionados con la cooperación, la responsabilidad y el compromiso con el bienestar común. Las experiencias cotidianas, los ejemplos de conducta y las oportunidades de participación social se convierten en escenarios donde los niños y adolescentes

internalizan principios que orientarán su comportamiento a lo largo de la vida. Siendo la respuesta concreta y observable de un individuo ante un hecho.

Escuchar el doble de lo que hablamos es una práctica contracultural en tiempos de ruido constante. Implica desacelerar, mirar a los ojos, dejar el teléfono a un lado y abrir un espacio genuino de encuentro. Educar en el arte de la escucha es formar personas capaces de comprender antes de responder, de dialogar antes de imponer y de construir relaciones más humanas. En esta virtud silenciosa se sostienen los valores cotidianos que transforman la convivencia y fortalecen el carácter que le definen para actuar en el contexto general

*“La tecnología es solo una herramienta; en términos de motivar a los niños y lograr que trabajen juntos, el maestro es lo más importante.”*

Bill Gates (1998)

En las últimas décadas, pocos factores han transformado tan profundamente la convivencia humana como la tecnología digital. Cuando Bill Gates afirmó que la tecnología es solo una herramienta, recordó que el centro del proceso educativo sigue siendo la relación humana. Sin embargo, la expansión de internet, las redes sociales y los dispositivos móviles aceleró cambios en la manera de comunicarnos, aprender y relacionarnos. Antes, la convivencia se desarrollaba principalmente en espacios físicos delimitados; hoy, el aula, el hogar y la sociedad se extienden hacia entornos virtuales donde el tiempo y la distancia parecen desdibujarse.

## **Tecnología, redes y nuevas formas de convivir**

La irrupción de las redes sociales ha redefinido las formas de interacción entre adolescentes. Las amistades ya no se limitan al barrio o la institución educativa, sino que se amplían a comunidades digitales diversas. Este fenómeno ha generado oportunidades de colaboración, aprendizaje autónomo y expresión creativa, pero también desafíos vinculados a la exposición, la comparación constante y la construcción de identidad en línea. Investigaciones recientes destacan que el uso crítico y acompañado de la tecnología favorece el desarrollo de competencias sociales y digitales, mientras que el uso desregulado puede afectar la autoestima y la calidad de las relaciones interpersonales (Cabero-Almenara & Palacios-

Rodríguez, 2022). Esto evidencia que la tecnología no es neutra: su impacto depende del acompañamiento educativo y familiar.

En el ámbito escolar, la transformación tecnológica se intensificó especialmente a partir de la educación remota vivida en los últimos años. La virtualidad obligó a replantear metodologías, fortalecer la autonomía estudiantil y redefinir la comunicación entre docentes y familias. Estudios recientes señalan que la integración pedagógica de herramientas digitales mejora el aprendizaje cuando está guiada por intencionalidad didáctica y formación docente adecuada (UNESCO, 2023). No obstante, también revelan brechas de acceso y desigualdades que influyen en la convivencia y en las oportunidades educativas. La tecnología puede unir, pero también puede profundizar diferencias si no se gestiona con equidad y puede ser un problema o la solución.

En el hogar, las pantallas han modificado rutinas familiares y dinámicas de comunicación. Conversaciones interrumpidas por notificaciones, cenas acompañadas de dispositivos y tiempos compartidos fragmentados son realidades frecuentes. Sin embargo, también existen nuevas posibilidades de encuentro: familias que aprenden juntas en línea, que mantienen vínculos a distancia y que participan activamente en comunidades virtuales educativas. La clave no radica en eliminar la tecnología, sino en establecer límites claros y promover una cultura digital basada en el respeto, la empatía y la responsabilidad, considerando los diferentes tipos de tecnología .

Los factores que aceleraron el cambio no pueden comprenderse únicamente desde la dimensión tecnológica; incluyen transformaciones culturales, económicas y sociales que reconfiguran nuestras formas de convivir. Frente a este panorama, el rol del educador y de la familia se fortalece como guía ética. La tecnología es herramienta, pero la orientación humana es dirección. Educar en esta era implica formar adolescentes capaces de utilizar los recursos digitales para construir comunidad, colaborar con otros y ejercer ciudadanía responsable en entornos tanto físicos como virtuales.

*“En medio de la dificultad yace la oportunidad.”*

Albert Einstein (ca. 1940)

Cuando Albert Einstein afirmaba que en medio de la dificultad yace la oportunidad, expresaba una convicción profundamente humana: las crisis pueden convertirse en escenarios de transformación. La pandemia no solo fue un acontecimiento sanitario, sino un punto de quiebre en la manera de convivir, educar y comprender nuestras prioridades. De un momento a otro, el hogar se convirtió en aula, oficina y espacio de encuentro forzado. Las rutinas cambiaron, los vínculos se tensaron y la incertidumbre reveló fragilidades estructurales en los sistemas educativos y familiares. Sin embargo, también abrió espacios de reflexión sobre el valor del tiempo compartido y la importancia del acompañamiento emocional.

## **La pandemia como punto de quiebre**

En el ámbito educativo, la transición abrupta hacia la virtualidad evidenció desigualdades tecnológicas y brechas de acceso, pero también impulsó procesos de innovación pedagógica. Investigaciones recientes señalan que la pandemia aceleró la transformación digital de la educación en América Latina, obligando a docentes y estudiantes a desarrollar competencias tecnológicas en tiempo récord (CEPAL & UNESCO, 2022). Este proceso no estuvo exento de dificultades: agotamiento emocional, sobrecarga académica y desafíos en la comunicación. No obstante, también fortaleció la creatividad docente y promovió nuevas formas de colaboración entre familias y escuelas, implica gestionar recursos capacitar y promover un proyecto.

En el hogar, la convivencia intensificada trajo consigo conflictos derivados del estrés, la incertidumbre económica y la ansiedad colectiva. Estudios recientes indican que el bienestar socioemocional de niños y adolescentes se vio afectado significativamente durante el confinamiento, resaltando la necesidad de fortalecer redes de apoyo familiar y escolar (UNICEF, 2023). A pesar de ello, muchas familias redescubrieron espacios de diálogo, compartieron responsabilidades domésticas y comprendieron con mayor claridad el trabajo pedagógico que implica educar. La pandemia visibilizó que la educación no ocurre únicamente en la escuela, sino en cada interacción cotidiana, por ser un proceso bidireccional, fundamental, afectiva.

Socialmente, el distanciamiento físico transformó nuestra percepción de comunidad. Las relaciones migraron a entornos digitales y se redefinieron las formas de solidaridad. La dificultad colectiva también dio lugar a gestos de cooperación, voluntariado y empatía que recordaron la naturaleza social del ser humano. La crisis sanitaria evidenció que la interdependencia no es una debilidad, sino una fortaleza que sostiene la resiliencia social y confianza con respeto.

La pandemia representó un punto de quiebre que transformó profundamente la manera en que las personas comprenden la educación, las relaciones humanas y la convivencia cotidiana. Durante ese período, la tecnología se convirtió en un recurso imprescindible para sostener la continuidad de los procesos educativos, laborales y sociales. Plataformas digitales, videoconferencias y entornos virtuales permitieron mantener la comunicación cuando el contacto físico se encontraba limitado. Sin embargo, esta experiencia también evidenció que la tecnología, por sí sola, no puede reemplazar la riqueza de la interacción humana directa. La presencia, el lenguaje no verbal, la cercanía afectiva y el acompañamiento cotidiano demostraron ser componentes insustituibles en el desarrollo integral de las personas fortaleciendo los vínculos sociales y el bienestar.

Al mismo tiempo, la pandemia puso en evidencia que el conocimiento académico, aunque fundamental, resulta incompleto cuando no se acompaña de apoyo emocional y contención afectiva. Muchos estudiantes enfrentaron no solo desafíos académicos, sino también incertidumbre, ansiedad y cambios significativos en sus rutinas familiares y sociales. Esta realidad llevó a docentes y familias a reconocer que educar no consiste únicamente en transmitir contenidos, sino también en cuidar el bienestar emocional de quienes aprenden. La empatía, la escucha y la comprensión se volvieron herramientas pedagógicas tan importantes como cualquier recurso didáctico más el estado de equilibrio físico, mental, emocional del docente.

En medio de las dificultades, también surgió la oportunidad de replantear prioridades educativas. La experiencia del aprendizaje en casa fortaleció la conciencia sobre la importancia de la corresponsabilidad entre familia y escuela. Padres, madres y docentes debieron coordinar esfuerzos para acompañar el proceso educativo en circunstancias inéditas, lo que permitió valorar con mayor claridad el papel complementario que cada uno

desempeña en la formación de niños y adolescentes. Esta experiencia mostró que cuando la comunicación y la colaboración se fortalecen, el proceso educativo adquiere mayor coherencia y profundidad.

**Para conservar el equilibrio, debemos mantener unido lo interior y lo exterior, lo visible y lo invisible, lo conocido y desconocido, lo temporal y lo eterno, lo antiguo y lo nuevo.**

(John O Donohue)

## CAPITULO IV

### MIRAR HACIA ADELANTE

*“La tradición no consiste en conservar las cenizas, sino en mantener viva la llama.”*  
Gustav Mahler (ca. 1900)

Cuando Gustav Mahler afirmaba que la tradición no es conservar cenizas sino mantener viva la llama, nos invitaba a comprender que el verdadero legado no es la repetición mecánica del pasado, sino su actualización consciente en el presente. Mirar hacia adelante no significa romper con nuestras raíces, sino reinterpretarlas con sentido crítico y esperanza. En el ámbito familiar y educativo, esta reflexión cobra especial relevancia: las generaciones actuales no están llamadas a replicar modelos antiguos sin cuestionarlos, sino a rescatar su esencia y adaptarla a los desafíos contemporáneos. Los valores culturales representan las costumbres, tradiciones, creencias.

Durante décadas, muchas prácticas educativas y familiares se sostuvieron por costumbre más que por reflexión. La autoridad incuestionable, los roles rígidos y la comunicación vertical fueron considerados pilares de estabilidad. Hoy, sin embargo, las transformaciones sociales y tecnológicas exigen una revisión profunda de esos esquemas. Investigaciones recientes destacan que las instituciones que integran tradición y cambio desde una perspectiva reflexiva logran mayor cohesión y sentido de pertenencia en sus comunidades educativas (Fullan, 2021). Mantener viva la llama implica conservar valores como el respeto, la responsabilidad y la solidaridad, pero expresarlos mediante formas de diálogo más inclusivas y participativas.

Mirar hacia adelante también requiere reconocer los aprendizajes obtenidos en medio de crisis recientes. La pandemia, la virtualización acelerada y los cambios culturales demostraron que la flexibilidad es una competencia indispensable. Estudios contemporáneos sobre resiliencia educativa señalan que las comunidades que promueven liderazgo compartido y cultura colaborativa están mejor preparadas para enfrentar escenarios inciertos (OECD, 2023). Este enfoque no descarta la tradición; la fortalece al dotarla de sentido actual y proyección futura.

Para las familias, mantener viva la llama significa transmitir valores no desde la imposición, sino desde el ejemplo coherente. Los adolescentes observan más de lo que escuchan, y su confianza se construye cuando perciben congruencia entre discurso y acción. Para los docentes, implica renovar prácticas pedagógicas sin perder la esencia humanista de la educación. Innovar no es abandonar principios; es buscar nuevas formas de hacerlos significativos en un contexto cambiante, transformando la enseñanza mediante nuevas metodologías y tecnologías activas.

Mirar hacia adelante es un acto de responsabilidad colectiva. Supone educar con memoria histórica y visión de futuro, formando generaciones capaces de honrar lo recibido mientras construyen algo mejor. La llama que debemos preservar no es la forma externa de las tradiciones, sino su espíritu: la dignidad humana, el compromiso con el bien común y la convicción de que la educación transforma vidas. Solo así el pasado iluminará el camino sin convertirse en peso que impida avanzar, deteniendo la eficacia del interaprendizaje y la investigación.

Entonces es importante dar hincapié en ciertos puntos; la convivencia humana es el eje que articula familia, escuela y sociedad. Desde los vínculos familiares hasta la proyección hacia el futuro, cada apartado muestra que educar no es un acto aislado, sino un proceso relacional que se transforma con el tiempo. Los cambios culturales, tecnológicos y sociales no han eliminado la necesidad de valores, diálogo y corresponsabilidad; por el contrario, la han hecho más evidente. El análisis conjunto permite comprender que la educación contemporánea exige equilibrio entre tradición y renovación, entre firmeza y escucha, entre normas y afecto.

**Lo más importante en el mundo es la familia y el amor.**

**(Jonh Wooden)**

Los vínculos familiares se presentan como la base sobre la cual se construye toda experiencia social. Antes, la estructura familiar solía ser más jerárquica y estable; los roles estaban claramente definidos y la autoridad no se cuestionaba con facilidad. En la actualidad, las dinámicas familiares son más diversas y dialogantes, pero también enfrentan tensiones derivadas del ritmo acelerado de vida y la influencia digital. El contraste no implica

que un modelo sea superior al otro, sino que cada época responde a sus propias circunstancias históricas y culturales.

La convivencia escolar, evidencia un cambio significativo en la relación entre estudiantes, docentes y familias. Ayer predominaba un modelo vertical, donde el docente transmitía conocimiento y el estudiante recibía pasivamente. Hoy se promueve una educación participativa, donde la interacción, el trabajo colaborativo y la educación socioemocional central. Sin embargo, esta apertura también requiere mayor responsabilidad compartida y una comunicación constante entre escuela el hogar, para poder cumplir los propósitos y las metas necesarias - deseadas .

La convivencia institucional, muestra cómo la relación entre familia, escuela e institución ha pasado de una lógica de separación a una de corresponsabilidad. Antes, los conflictos se resolvían desde la autoridad normativa; actualmente, se privilegian procesos de mediación y diálogo.

Este cambio responde a una comprensión más profunda de la educación como tarea colectiva. No obstante, la tensión sigue presente, especialmente cuando expectativas familiares e institucionales no coinciden, lo que exige liderazgo ético y apertura comunicativa indispensable.

El conflicto deja de verse como amenaza para convertirse en oportunidad formativa. Tradicionalmente, el conflicto en el hogar y la escuela se abordaba desde el castigo o la evitación. Hoy se reconoce su valor pedagógico cuando se gestiona con inteligencia emocional y prácticas restaurativas. La diferencia radica en el enfoque: antes se priorizaba el control; ahora se busca comprensión y aprendizaje. Este cambio no elimina la disciplina, pero la integra con empatía y reflexión, con enfoque positivo, buscando el autoconocimiento centrado en normas claras.

Este análisis, sobre valores cotidianos en transformación, evidencia una transición sutil pero profunda. En el pasado, los modales eran enseñados explícitamente y reforzados por la repetición constante. En la actualidad, muchas veces se presuponen, confiando en que el entorno social o escolar los consolidará. Este supuesto genera vacíos formativos. La comparación muestra que la enseñanza del carácter requiere hoy mayor intencionalidad,

ya que la diversidad cultural y la influencia digital han redefinido la expresión de la cortesía y el respeto.

El arte de saber escuchar, desarrollado como complemento, refleja una diferencia generacional notable. Antes, la escucha estaba condicionada por jerarquías: los jóvenes escuchaban más de lo que eran escuchados. Hoy se promueve la escucha bidireccional, aunque la cultura de la inmediatez dificulta la profundidad del diálogo. La paradoja contemporánea es que existen más canales de comunicación que nunca, pero menos espacios de escucha consciente. Esta tensión invita a recuperar la presencia y la atención plena como prácticas educativas fundamentales.

Los factores que aceleraron el cambio —especialmente la tecnología y la pandemia— marcan una ruptura histórica. Antes, la transformación social era gradual; ahora ocurre a gran velocidad. La virtualidad amplió posibilidades educativas y sociales, pero también evidenció desigualdades y desafíos emocionales. La pandemia, como punto de quiebre, obligó a replantear la convivencia familiar y escolar. Este contraste revela que la resiliencia se ha convertido en una competencia indispensable en la formación actual.

Finalmente, el capítulo “Mirar hacia adelante” integra tradición y cambio como dimensiones complementarias. Antes, el peso de la tradición orientaba la educación con menor cuestionamiento; hoy, el futuro exige reinterpretar esa herencia con mirada crítica. La llama que debe mantenerse viva no es la forma rígida de las costumbres, sino su esencia ética. La comparación histórica demuestra que la educación no puede permanecer estática: debe dialogar con su tiempo sin renunciar a los principios que sostienen la dignidad humana. La convivencia no es un estado alcanzado de una vez y para siempre, sino un proceso dinámico que se transforma junto con la sociedad. Las relaciones humanas evolucionan conforme cambian las condiciones culturales, tecnológicas y sociales que configuran la vida cotidiana. En generaciones anteriores, la estabilidad representaba el valor predominante, pues se consideraba fundamental para garantizar orden y continuidad en la vida familiar y comunitaria. En la actualidad, sin embargo, esa estabilidad se complementa con la necesidad de adaptabilidad, entendida como la capacidad de responder de manera consciente a contextos cada vez más diversos y cambiantes. Esta

adaptación no implica abandonar principios fundamentales, sino reinterpretarlos de forma que continúen orientando la convivencia en escenarios nuevos y complejos, por ser un conjunto de relaciones interpersonales que se construyeron en la escuela

Del mismo modo, las formas de educar y de relacionarse han experimentado transformaciones significativas. Si en el pasado la obediencia se concebía como la base principal de la convivencia, hoy se promueve una participación más activa y responsable por parte de todos los miembros de la comunidad. Este cambio responde a una comprensión más amplia del desarrollo humano, en la que se reconoce la importancia de formar individuos capaces de opinar, dialogar y asumir las consecuencias de sus decisiones. La autoridad, por tanto, deja de sustentarse exclusivamente en la jerarquía para apoyarse también en el respeto mutuo, la coherencia y la capacidad de orientar con sentido formativo.

En este contexto, también ha cambiado la manera de enfrentar los conflictos. Mientras que en otros tiempos se tendía a reprimirlos o ignorarlos para preservar la armonía aparente, hoy se reconoce que forman parte natural de la convivencia y que pueden convertirse en oportunidades de aprendizaje. Asimismo, los valores que antes se transmitían principalmente a través de la tradición y el ejemplo familiar requieren ahora una reflexión más consciente que permita comprender su significado y aplicarlos con coherencia en realidades complejas. Este contraste entre el ayer y el hoy no debe interpretarse como una ruptura entre generaciones, sino como una muestra de la evolución de nuestra comprensión sobre lo que significa vivir, aprender y educar junto a otros en una sociedad en permanente transformación y transición colectiva. Educar después de la pandemia implica, por tanto, integrar estas lecciones en la construcción de comunidades educativas más conscientes y resilientes. No se trata únicamente de recuperar las dinámicas previas, sino de aprovechar lo aprendido para promover una convivencia basada en la empatía, la solidaridad y la preparación frente a futuros desafíos. La experiencia vivida recordó a la sociedad que el aprendizaje más significativo ocurre cuando el conocimiento se combina con la comprensión humana. En este sentido, la educación del presente y del futuro debe orientarse hacia la formación de comunidades capaces de cuidar, acompañar y crecer juntas incluso en

contextos de incertidumbre, caracterizados por una alta inestabilidad e incertidumbre.

“Estamos muy acostumbrados a huir de la incomodidad, y somos muy predecibles. Si algo nos disgusta golpeamos a alguien o nos castigamos a nosotros mismo, queremos sentir algún tipo de certeza, cuando en realidad no tenemos lugar donde apoyar los pies”

Pema Chodron

## CONCLUSIÓN

*“Educar no es llenar un recipiente, sino encender un fuego.”*  
William Butler Yeats (ca. 1920)

La reflexión integral sobre la convivencia humana, la transformación de los valores y el manejo del conflicto permite comprender que educar es, ante todo, un acto profundamente social. No se trata únicamente de transmitir contenidos académicos, sino de formar personas capaces de relacionarse con respeto, empatía y responsabilidad. Cuando estos criterios se asumen de manera consciente, la educación deja de ser un espacio aislado y se convierte en un motor de transformación colectiva, trabajando para la vida real y asumiendo desafíos.

La convivencia, entendida como práctica cotidiana, fortalece el tejido social porque enseña a reconocer al otro como legítimo interlocutor. Una sociedad que aprende a dialogar desde la infancia construye adultos menos reactivos y más reflexivos. Así, estos principios no solo mejoran el ambiente escolar o familiar, sino que inciden directamente en la manera en que se toman decisiones en la comunidad, en el trabajo y en la vida pública.

El reconocimiento del conflicto como parte natural de la convivencia aporta una visión madura de las relaciones humanas. En lugar de temerlo o evitarlo, se propone gestionarlo con inteligencia emocional y medios pacíficos. Este cambio de enfoque ayuda a prevenir la violencia, fomenta la mediación y promueve acuerdos sostenibles. En consecuencia, la sociedad se beneficia de ciudadanos capaces de transformar tensiones en oportunidades de crecimiento.

Asimismo, la corresponsabilidad entre familia, escuela e institución fortalece la coherencia formativa. Cuando los mensajes educativos son congruentes, los jóvenes desarrollan mayor seguridad y sentido de pertenencia. Este alineamiento reduce la fragmentación social y favorece la construcción de valores compartidos, lo cual es fundamental para la estabilidad democrática y la convivencia plural, por ser una estrategia social que busca bienestar y equilibrio.

La transformación de los valores cotidianos no implica su desaparición, sino su reinterpretación. Reflexionar sobre los modales, el respeto y la cortesía

permite reconocer que la ética no es un adorno cultural, sino una base para la dignidad humana. Estos criterios ayudan a la sociedad porque promueven interacciones más humanas en contextos cada vez más acelerados y digitalizados. Recuerde los gigantes tecnológicos existentes son, Apple- Microsoft- Amazon- Alphabet- Meta- Nvidia- Tesla – estadounidenses y las últimas tendencias inteligencia artificial .

El arte de saber escuchar constituye uno de los aportes más significativos a la vida social. Escuchar activa y conscientemente reduce malentendidos, fortalece la empatía y previene conflictos innecesarios. En un mundo saturado de información, la escucha se convierte en un acto de responsabilidad ética. Su práctica cotidiana impacta positivamente en la salud emocional colectiva, al saber entender el mensaje, la intención de la palabra, que requiere atención

La incorporación crítica de la tecnología demuestra que el progreso no debe desplazar la humanidad, sino complementarla y fortalecerla. En la actualidad, las herramientas digitales forman parte inevitable de la vida cotidiana, influyendo en la manera en que aprendemos, nos comunicamos y construimos relaciones. Sin embargo, su verdadero valor depende del sentido con el que se utilicen. Cuando la tecnología se integra con un propósito formativo, puede convertirse en un recurso que amplía oportunidades de aprendizaje, facilita el acceso al conocimiento y favorece la interacción entre comunidades diversas. De esta manera, el desarrollo tecnológico deja de ser un factor de distanciamiento y se transforma en un puente que conecta ideas, experiencias y personas, sin ningún tipo de prejuicios aplicando una forma consiente .

En este contexto, los criterios analizados resaltan que el uso consciente de la tecnología puede contribuir al fortalecimiento de la convivencia social. Las plataformas digitales, las redes de comunicación y los entornos virtuales de aprendizaje ofrecen espacios donde es posible dialogar, compartir conocimientos y construir proyectos colectivos. No obstante, este potencial solo se concreta cuando existe una orientación ética que promueva el respeto, la responsabilidad y el pensamiento crítico. Así, la sociedad no queda a merced de la tecnología ni subordinada a sus dinámicas, sino que la incorpora como un medio para enriquecer los vínculos humanos y fortalecer procesos educativos más inclusivos y participativos.

Por otra parte, la experiencia de la pandemia evidenció con claridad la necesidad de resiliencia y capacidad de adaptación frente a contextos de incertidumbre. Este acontecimiento marcó un punto de inflexión que obligó a replantear muchas de las formas tradicionales de interacción social. En medio de las restricciones físicas, se hizo evidente que la convivencia no depende exclusivamente de la cercanía presencial, sino de la voluntad de mantener relaciones significativas basadas en la comunicación, la empatía y el apoyo mutuo.

La sociedad aprendió que, ante las crisis colectivas, la cooperación, la solidaridad y la responsabilidad compartida se convierten en pilares indispensables para sostener el bienestar común y avanzar hacia una convivencia más consciente, humana y justa .

Estos criterios también ayudan a redefinir el liderazgo educativo y social. Se propone un liderazgo basado en la coherencia, el ejemplo y la humildad, más que en la imposición. Este modelo genera confianza y fortalece la participación ciudadana. Cuando las figuras de autoridad actúan con ética y transparencia, se eleva el estándar moral de la comunidad.

El aporte de valor radica también en la formación del carácter. Una educación que integra emociones, valores y pensamiento crítico produce individuos con mayor capacidad de autorregulación. Esto repercute en una sociedad menos impulsiva y más consciente de las consecuencias de sus actos. La formación integral se convierte así en un pilar para el desarrollo sostenible, para sostener necesidades del presente sin comprometer el futuro que parece incierto.

Responder a la pregunta de cómo estos criterios ayudan a la sociedad implica reconocer su impacto preventivo. Una convivencia basada en diálogo, respeto y manejo pacífico del conflicto reduce la violencia estructural y cotidiana. Se fomenta una cultura de paz que trasciende el ámbito educativo y permea espacios laborales, políticos y comunitarios.

Además, estos principios fortalecen la identidad colectiva sin negar la diversidad. Enseñan que es posible convivir con diferencias ideológicas, culturales y generacionales. En un mundo globalizado, esta capacidad resulta esencial para evitar polarizaciones extremas y promover acuerdos

inclusivos, basados en las memorias históricas y el respeto a la dignidad humana.

La reflexión invita también a comprender que la educación no puede permanecer estática frente a los cambios sociales. Adaptarse no significa renunciar a los valores fundamentales, sino encontrar nuevas formas de expresarlos. Esta síntesis entre tradición y renovación aporta estabilidad y sentido de continuidad histórica, creando un sentido de pertinencia y diferenciación grupal.

En términos sociales, el valor agregado de estos criterios radica en su capacidad de humanizar los espacios institucionales. Cuando la convivencia es prioridad, las normas dejan de ser simples reglamentos y se convierten en acuerdos éticos compartidos. Esto fortalece la confianza social, elemento indispensable para el desarrollo colectivo con sentimientos compartidos.

Finalmente, la conclusión invita a asumir que convivir es una tarea permanente que requiere compromiso consciente. Los criterios analizados no son recetas momentáneas, sino fundamentos para construir comunidades más justas y solidarias. Si se aplican con coherencia.

**“No hay que ir para atrás ni para dar impulso”**

**( Lao Sté)**

## REFERENCIAS

- Aristóteles. (2005). *Política* (G. García Yebra, Trad.). Gredos. (Obra original ca. 350 a. C.)
- Bauman, Z. (2007). *Vida líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bolívar, A. (2022). *Liderazgo pedagógico y mejora de la convivencia escolar*. Revista Iberoamericana de Educación, 89(1), 15–30. Recuperado de <https://rieoei.org/RIE/article/view/4660>
- Bowlby, J. (1986). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Morata.
- Cabero-Almenara, J., & Palacios-Rodríguez, A. (2022). *La competencia digital y su impacto en la convivencia escolar en la era postpandemia*. Revista de Educación a Distancia, 22(70), 1–18. Recuperado de <https://revistas.um.es/red/article/view/>
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) & Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2022). *La educación en tiempos de la pandemia de COVID-19: Desafíos y oportunidades para la recuperación*. Recuperado de <https://repositorio.cepal.org>
- Dewey, J. (1897). *My pedagogic creed*. School Journal, 54, 77–80.
- Einstein, A. (1979). *Ideas and opinions*. Crown Publishers.
- Epicteto. (2008). *Disertaciones* (J. Ortiz y Sanz, Trad.). Gredos. (Obra original ca. 100 d. C.)
- Extremera, N., & Fernández-Berrocal, P. (2021). *Inteligencia emocional y ajuste psicológico en el contexto familiar y educativo*. Revista de Psicología Educativa, 27(2), 95–104. Recuperado de <https://revistas.um.es/analesps/article/view/456781>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). (2023). *Estado mundial de la infancia 2023: Bienestar mental y resiliencia en niños y adolescentes*. Recuperado de <https://www.unicef.org>

- Freire, P. (1996). *Pedagogía de la autonomía*. Siglo XXI Editores.
- Fullan, M. (2021). *Leading in a Culture of Change in Times of Crisis*. Jossey-Bass. Recuperado de <https://onlinelibrary.wiley.com>
- García-Raga, L., & Boqué, M. C. (2022). *La escucha activa como estrategia para la mejora de la convivencia escolar*. *Revista Complutense de Educación*, 33(2), 215–226. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/RCED/article/view/>
- Gates, B. (1999). *Business @ the speed of thought*. Warner Books.
- Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence*. Bantam Books.
- González-García, C., & Ortega-Ruiz, R. (2022). *Prácticas restaurativas y mejora de la convivencia escolar: Evidencias recientes en contextos educativos*. *Revista de Psicodidáctica*, 27(2), 123–130. Recuperado de <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1136103422000156>
- King Jr., M. L. (1964). *Why we can't wait*. Harper & Row.
- Learning Policy Institute. (2023). *Evidence for Social and Emotional Learning in Schools*. Recuperado de <https://learningpolicyinstitute.org/product/evidence-social-emotional-learning-schools-brief>
- Learning Policy Institute. (2023). *Evidence for Social and Emotional Learning in Schools*. Recuperado de <https://learningpolicyinstitute.org/product/evidence-social-emotional-learning-schools-brief>
- López-González, L., & Bisquerra, R. (2021). *Educación emocional y desarrollo del carácter en contextos educativos actuales*. *Revista Española de Orientación y Psicopedagogía*, 32(3), 15–30. Recuperado de <https://revistas.uned.es/index.php/reop/article/view/>
- Mahler, G. (1979). *Letters*. Viking Press.

- Mandela, N. (2003). *Speech at the launch of the Mindset Network*. Johannesburgo.
- Méndez Vega, J. P., Estrada Villarroel, E. P., García Morocho, G. F., Hernández Enríquez, B. L., & Maldonado Llano, P. E. (2025). *La convivencia escolar y su gestión como elemento clave para el aprendizaje*. Ministerio de Educación del Ecuador.
- Méndez Vega, J. P., Estrada Villarroel, E. P., García Morocho, G. F., Hernández Enríquez, B. L., & Maldonado Llano, P. E. (2025). *La convivencia escolar y su gestión como elemento clave para el aprendizaje*. Ministerio de Educación del Ecuador.
- Merino, I. (2025). *School projects with the community: Educational practices that connect schools and community institutions to foster meaningful learning and students' engagement with social change*. ScienceDirect. Recuperado de <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0001691825002069>
- Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD). (2023). *Teachers' practices and students' engagement: Insights from TALIS 2023*. Recuperado de <https://www.oecd.org/education/talis/>
- Organisation for Economic Co-operation and Development (OECD). (2023). *Building Resilient Education Systems: Lessons for the Future of Education*. Recuperado de <https://www.oecd.org/education/>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2023). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2023). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org>

- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2023). *Competencias socioemocionales para el siglo XXI*. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org>
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). (2023). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org>
- Política Nacional de Convivencia Escolar*. (2021). Ministerio de Educación del Ecuador.
- Radesky, J. S., Kistin, C., & Zuckerman, B. (2022). *Digital media and parent-child interaction: The impact of technology on family relationships*. *Journal of Developmental & Behavioral Pediatrics*, 43(3), 215–223. Recuperado de <https://journals.lww.com/jrnldb>
- Roosevelt, T. (1910). *Theodore Roosevelt: An autobiography*. Macmillan.
- Ruiz Ortiz, M., & Peña García, L. (2024). *Participación de la familia en el contexto escolar y rendimiento académico*. *Revista de Estudios Educativos*. Recuperado de [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2448-389X2024000100003](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2448-389X2024000100003)
- Sartre, J.-P. (2005). *El ser y la nada*. Losada. (Obra original publicada en 1943)
- Séneca. (2010). *Cartas a Lucilio*. Alianza. (Obra original ca. 65 d. C.)
- Yeats, W. B. (1961). *Essays and introductions*. Macmillan.

ISBN: 978-9942-53-154-4



**Compás**  
capacitación e investigación